

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

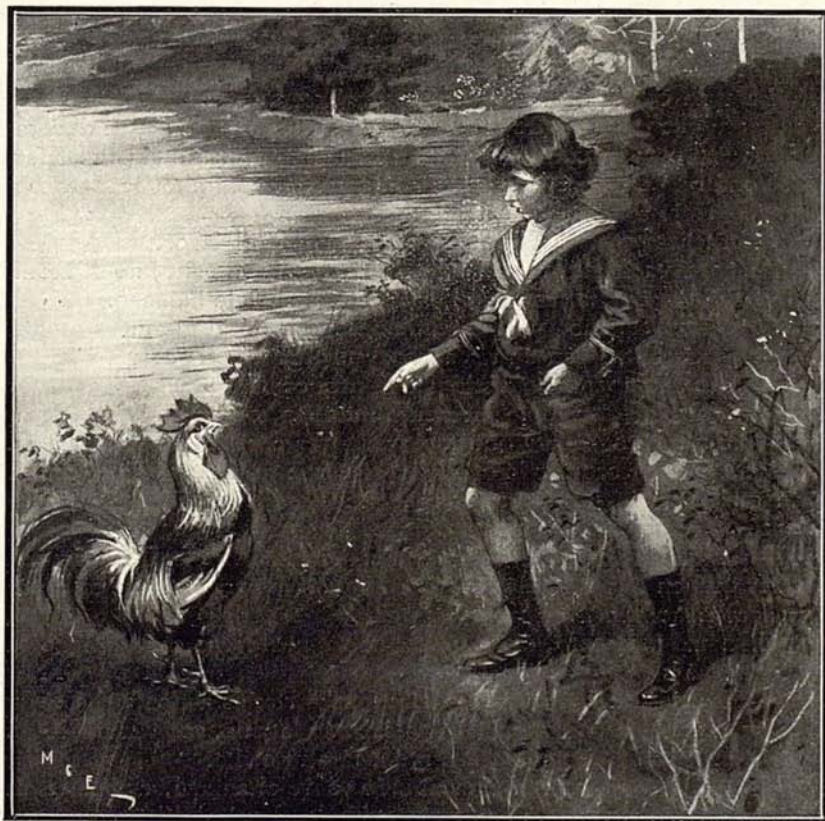


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III.

MADRID, 17 DE MAYO DE 1908

NUMERO 20



## LA PLANTA DE LA VIDA

CONTINUACIÓN

Aunque muy sorprendido por haber oído hablar á un cuervo, el niño continuó su marcha.

Un poco más adelante se sentó bajo un espeso zarzal á descansar y á comérse un trozo de su pan, cuando vió un gallo que, perseguido por

una zorra, iba, no obstante sus desesperados esfuerzos por huir, á ser cogido por su perseguidor: el gallo pasó muy cerca de Enriquito, y éste, cogiéndole diestramente, le atrajo á sí y le escondió entre su ropa sin que la zorra se diese cuenta de ello, pues creyendo que el gallo de un vuelo se había alejado, siguió corriendo cuanto pudo para atraparle. En cuanto se perdió de vista, Enriquito, que no se había movido, soltó al gallo, quien le dijo:

—Muchas gracias, Enriquito, ya te pagaré el favor.

Como el niño ya había descansado, se levantó y prosiguió andando.

Al cabo de un buen trozo de camino se encontró con una rana, que estaba á punto de ser devorada por una serpiente.

La rana estaba tan paralizada por el terror que ni trataba de huir, en tanto que la serpiente avanzaba con la boca abierta para devorarla. Enriquito cogió una piedra y la arrojó con tanta habilidad en las fauces del ofidio, que, metiéndosela en la garganta, la ahogó. Entonces la rana se alejó saltando y gritando:

—Muchas gracias, Enriquito, ya te pagaré el favor.

Aunque ya había oído hablar al cuervo y al gallo, no se asombró menos al ver que la rana se expresaba en lenguaje humano.

Siguió su camino, y al poco tiempo se halló al pie de la montaña; pero se encontró con un río ancho y profundo, que corría á sus pies, tan ancho que apenas se distinguía la otra orilla.

Enriquito se detuvo un momento indeciso, pero en seguida se dijo:

—Vamos á ver si hay por aquí una barca ó un puente para pasar.

Y se puso á recorrer la orilla del río, que rodeaba toda la montaña, sin que por ninguna parte encontrase lo que buscaba. Entonces se sentó llorando junto al borde del río.

—¡Hada Bienhechora, socorredme!—exclamaba.—¿De qué me sirve saber que en lo alto de la montaña hay una planta con que salvar á mi madre, si no puedo seguir adelante?

En aquel momento, el gallo que había protegido contra la zorra se presentó á su vista, y le dijo:

—El hada Bienhechora no puede socorrerte; esta montaña está fuera de su poder; pero como me has salvado la vida, te ayudaré. Súbete sobre mí, y á fe de gallo te pasaré á la otra orilla.

Enriquito no titubeó, y, montando sobre el animal, ambos se arrojaron al agua, cogiendo con tanto cuidado el gallo al niño, que no se mojó éste lo más mínimo. Agarrado á su cresta para no caerse, comenzó la travesía, que duró veintiún días; tan ancho era el río. Durante todo este tiempo no sintió ni hambre, ni sed, ni sueño. Una vez que hubieron llegado, dió Enriquito las gracias al ave, que, elevándose, desapareció.

Un momento después, cuando volvió la cabeza, se encontró con que el río había desaparecido.

—Era sin duda el genio de la montaña, que quería impedir que viniese—pensó;—pero con la ayuda del hada Bienhechora, ya estoy cerca de alcanzar mi propósito.

Siguió andando durante mucho, mucho tiempo; pero á pesar de ello, parecía que siempre se encontraba á la misma distancia de la falda y de la cumbre de la montaña que cuando acababa de pasar el río.

Otro niño cualquiera hubiese vuelto sobre sus pasos; pero el valeroso Enriquito no se descorazonaba, y, á pesar de su gran fatiga, siguió avanzando durante veintiún días sin por eso adelantar. Al cabo de este tiempo seguía tan animoso como al principio.

—Aunque tenga que andar cien años—pensaba,—iré hasta el final.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vió delante de sí un viejecito que le contemplaba con aire maligno.

—Mucha gana tienes de llegar, pequeño—le dijo.—¿Qué buscas en lo alto de esta montaña?

—Busco la planta de la vida para salvar á mi pobre mamá, que se me muere—le contestó.

El viejecito movió la cabeza, y, apoyando su puntiaguda barbilla en el puño de oro de su bastón, dijo, después de haber examinado á Enriquito con la mirada durante largo rato:

—Tu fisonomía dulce y franca me agrada, muchacho; yo soy uno de los genios de la montaña, y te permitiré que sigas adelante con la condición de que tú has de recolectar todo mi trigo, de convertirlo en harina y de formar con ésta el pan. Cuando hayas terminado todo esto me llamas. Encontrarás los utensilios necesarios en esta zanja que ves ahí; los campos de trigo están delante de nosotros y cubren la montaña.

*Continuará.*





## LAS TRUFAS

Poco puede decirse de este tubérculo, cuyo origen es casi desconocido y que no cultiva la mano del hombre.

Como siempre que se trata de problemas aún no resueltos, muchas han sido las suposiciones que se han hecho acerca de la procedencia de las trufas. Los antiguos creían que el rayo, al caer sobre el suelo, era causa de su nacimiento; pero, claro está, tal idea no tenía ningún fundamento serio.

Una opinión relativamente moderna atribuye el origen de las trufas á una mosca, de alas azules y cuerpo muy alargado, que en los meses de Julio y Agosto se introduce en la tierra buscando las raicillas tiernas del roble, de las que gusta mucho, y hace en ellas una incisión con su trompa para depositar allí sus huevos. Por la incisión sale un poco de savia y fórmase entonces un pequeño tubérculo, que para crecer necesita estar unido á la raíz, de cuyo jugo vive y se nutre.

Tampoco merece gran crédito esta historia de las mosquitas de alas azules, aunque en su abono está la opinión de gran parte de los que se dedican á la busca de trufas en los campos, los cuales aseguran que la presencia de las tales moscas es para ellos indicio seguro de dónde se encuentran esos codiciados vegetales. Pero ¿no es más lógico suponer que si las mosquitas están siempre en los sitios donde hay trufas, se debe á que las buscan para su alimento, y porque las tengan en tan grande estima como el hombre?

Lo que hay de cierto y de positivo es que, á punto fijo, no se conoce el origen, la causa del nacimiento de las trufas, así como tampoco se sabe qué condiciones ha de reunir el terreno para que se produzcan bien, pues lo mismo se las encuentra en las regiones templadas que en las heladas orillas de los mares cercanos al polo.

La creencia más generalizada hoy es la de que la trufa es una planta de origen semejante al de la seta. Las hay negras—que son las más

apreciadas—y blancas, las cuales, según autorizadas opiniones, tienen ese color porque no han madurado aún.

En América hay varias clases de trufas, algunas de un tamaño tan desmesurado, que llegan á pesar veinte kilos, pero su finura, su aroma y su sabor no están en razón directa de sus dimensiones, sino al contrario, por lo que se prefiere la trufa pequeña, negra, de esa región de Francia que se llama Perigord, en donde se crían las más renombradas.

Y como no se sabe de cierto dónde se producen, hay que buscarlas en los terrenos arenosos y húmedos, próximos á los robledales, pues, como antes digo, son los más á propósito para su desarrollo, y el encontrarlas es un verdadero hallazgo.

Para ello suelen valerse de los cerdos. á los que les gustan en extremo. Se los lleva á los sitios en donde se supone que hay trufas, y, en cuanto las huelen, hozan la tierra para descubrirlas, debiendo atárseles el hocico, á fin de que no se puedan comer las que encuentren.

También se emplean perros para esta *caza*, pero no es tan común porque hay que educarlos, y el aprendizaje es largo y costoso. Para habituarlos es necesario mezclar trufas en su comida; hay que hacer luego que la busquen, habiéndola previamente enterrado á poca profundidad; más tarde se los lleva á sitio donde haya trufas, y, cada vez que descubren una, se premia su esfuerzo con un poco de comida trufada. Al cabo de un par de meses ya están en disposición de ser útiles, y se va disminuyendo poco á poco de su pitanza habitual la ración de trufas que con ella se mezclaba.

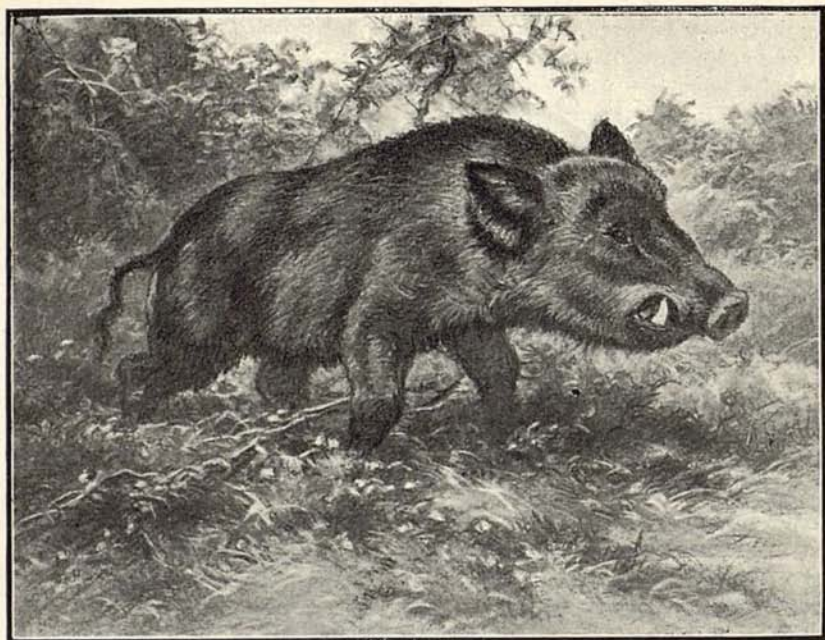
Dado el precio que por ellas se paga y la demanda que siempre hay, no tiene nada de extraño que los agricultores se preocupen de cultivar este tubérculo de un modo eficaz y constante, porque se da el caso de que, sin razón conocida, sitios en donde se han estado recogiendo trufas por espacio de mucho tiempo, dejan de criarlas de repente.

Un naturalista alemán asegura que ha conseguido trasplantarlas, cuidando de que lleven siempre la tierra que las rodea, y afirma haber realizado así verdaderos cultivos.

Otro sabio francés afirmaba que plantando recortes y peladuras de trufas al pie de los robles, y cubriéndolos de hojas secas, se obtenía una cosecha al cabo de dos años. Lo cierto es que muchos han seguido sus consejos escrupulosamente, sin haber conseguido nunca recolectar una sola trufa como premio á sus afanes y á sus desvelos.

JUAN ANTÓN





## EL JABALI

Qué ufano se levantó en aquel día el jabalí! Sentía como si toda la vida exuberante de la Naturaleza se entrara dentro de su ser invitándole á gozar de todos los placeres. Iría á comer de los más exquisitos bocados, se bañaría en aquel escondido arroyo que tranquilo y plácido se deslizaba entre centenarias y retorcidas carrascas, y recordaría sus tiempos de juventud viendo jugar á los alegres jabatos de su manada. Se preparaba un día espléndido, un día en que todo—desde el átomo al astro—parecía reír, y el cerdoso y pardo jabalí, ansiando aprovecharlo, empezó á caminar moviendo graciosamente sus cuatro ágiles y cortas patas. De vez en vez dejaba escapar un gruñido de satisfacción, metiase por lo más intrincado del bosque y no despreciaba la comida cuando ésta se le presentaba en forma de apetitosos vegetales.

Cuando iba más tranquilo y satisfecho fué sorprendido por el sonar estruendoso de varias voces humanas, á las cuales siguió el pavoroso ladrar de una jauría. ¡Santo Dios...! ¡Los cazadores! Y el jabalí, al darse cuenta de su situación, partió recto como una flecha, convirtiéndose en desenfrenado galope lo que hasta entonces había sido entretenida carrera. Ni le arredraban peñascales ni le detenía la espesura del ramaje, que la visión del cercano peligro le hacía obrar milagros. Pero cuanto más corría, más á los alcances le iban los malditos

perros. Sentía detrás de él sus broncos ladridos, y un poco más lejanas las irritadas voces de los ojeadores que no cesaban de estimular á la jauría. Acosado al fin por ésta, no tuvo más remedio que lanzarse á una descubierta praderilla.

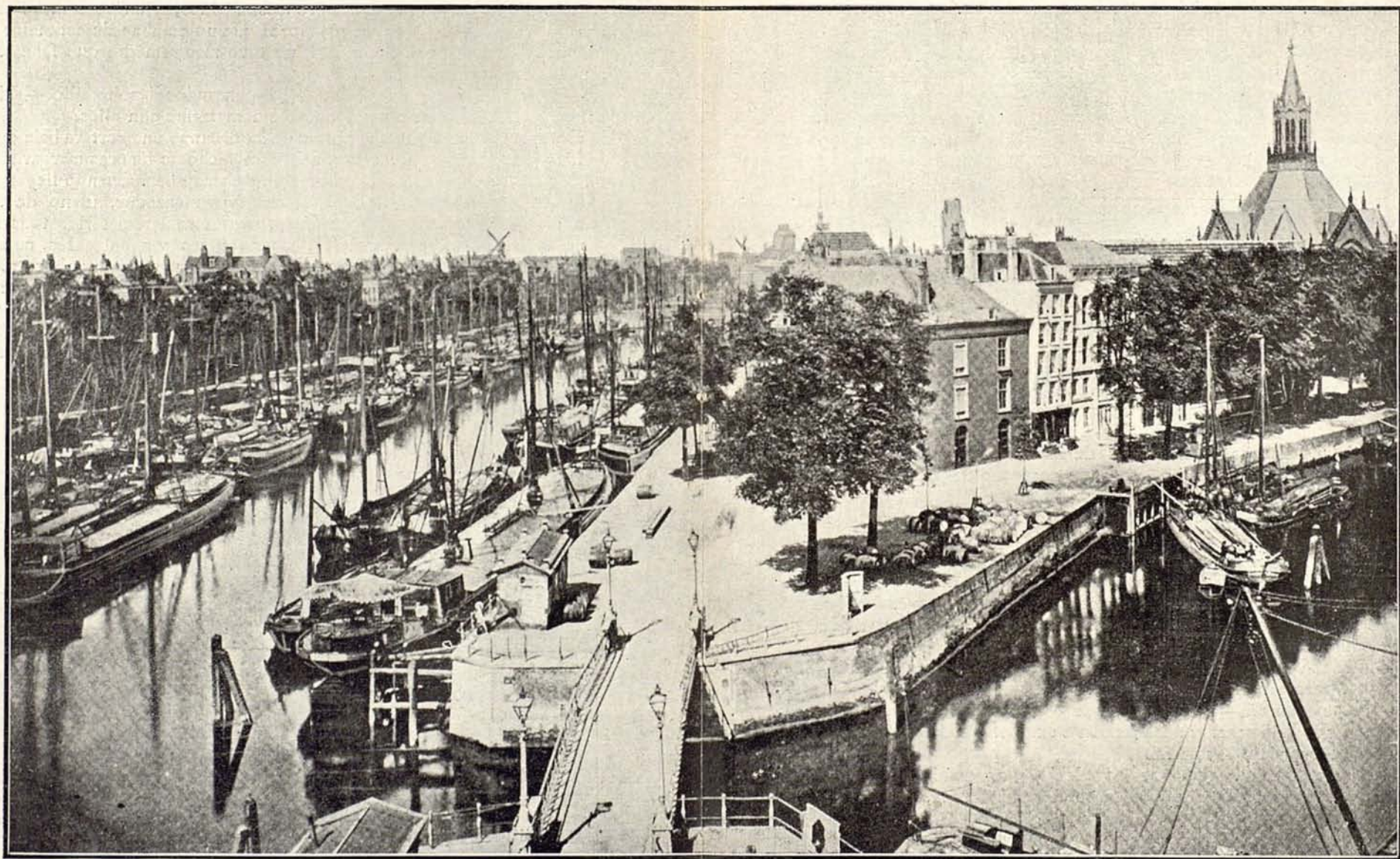
—¿Por qué me perseguirán?—iba pensando el pobrecillo.—¿No estoy yo tranquilo en mis soledades sin meterme con ellos?

De pronto vino á romper el hilo de su discurso una certera bala que le hizo caer, herido de muerte, sobre un lecho de blancas margaritas, á las que su sangre dió roja coloración de amapolas. Cuando llegaron los perros y se lanzaron sobre él; cuando el cazador, ufano de su triunfo, se acercó, cuchillo en mano, dispuesto á rematarle, toda la los ojos del jabalí se entreabrían, espasmódicos y agonizantes, como preguntando á sus enemigos por qué le perseguían tan cruelmente...

En tanto empezó á cantar un pajarillo, y, según fidedignos autores, su trinada canción decía así: «Te persiguen, desventurado jabalí, porque tienes una carne sabrosa y exquisita. Fuera, por el contrario, áspero y desabrido al paladar, nadie se metería contigo, que sólo se apalean los árboles que dan fruto...»

JOSE A. LUENGO





## ROTTERDAM

Es Rotterdam la segunda ciudad y puerto muy importante de los Países Bajos (Holanda Meridional), y está situada en un brazo del delta del Rin, y tiene 350.000 habitantes. Es una ciudad acuática dividida en islotes desiguales por gran número de canales navegables, que se comunican por puentes levadizos de báscula y de piedra. Algunos canales forman puertos bastante profundos para que los barcos de gran calado puedan permanecer

ante los depósitos, y tienen hermosos muelles. La población es muy industrial, con grandes astilleros de construcciones navales, grandes herrerías y fábricas de tejidos. Entre sus edificios notables figura una iglesia construida en 1472, cuya torre mide 64 metros. Es Rotterdam la patria del gran políglota y polemista Erasmo. La gran prosperidad de su animado puerto está amenazada por la arena que va cerrando sus canales.



## CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XVII

Cuando ya llevaba muchos días de ser así... muy buenecita, muy buenecita, entré una mañana en el despacho de papá sin decir á nadie nada; estaba hablando con unos señores.

—Papá—dije,—cuando estos viejos se marchen, quiero decirte una cosa.

¡Ay, Jesús! ¡Cómo me miró papá! ¡Y qué tos le dió! ¡Ave María Purísima! Me fui toda asustada, y se lo conté á la miss.

—¿Qué has dicho, criatura? ¿No comprendes que es muy feo llamar *viejas* á las personas mayores? Es una incorrección, y tu papá tendrá un disgusto muy grande.

—Y si son viejas, ¿por qué no se puede decir?—pregunté.—Mentir es malo, pero eso no es una mentira.

—No es mentira—dijo la miss,—pero es una falta de educación y hasta de caridad recordar á las personas sus faltas ó desgracias.

—¿Y el ser viejo es una falta?

—No; pero es una cosa poco agradable, y no está bien decirle.

—Bueno, pues voy ahora mismito á decir: «Papá, cuando estos *jóvenes* se vayan...»

—No, niña, no debes decir nada, pero si alguna vez se te ocurre algo parecido á hoy, con decir «estos señores» es suficiente.

—Bueno, bueno; no diré nada, pero el caso es que ahora ya no me voy á atrever á pedir á papá lo que quería, porque estará muy enfadado.

—Pues pídele perdón—dijo la miss.

—Pues no me da la gana—contesté yo.

—No te he entendido bien, Pilarcita—respondió ella.—No sé qué

me pasa en los oídos, que á lo mejor me dicen una cosa y entiendo otra. Tengo que hacer que me vea un médico, porque esto debe ser muy malo. Ya ves, tú eres *buenísima*; ya se fué hace mucho tiempo el diablillo que tenías dentro, y ahora no eres capaz de decir ni hacer nada censurable. Pues ¡asómbtrate, niñita, y figúrate si estaré mal de los oídos! Creí que habías dicho *no me da la gana*, cuando te aconsejé que pidieses perdón á papá por esa incorrección que has cometido y que á él seguramente le habrá hecho sufrir. ¡Ves qué atrocidad? ¡Cómo si tú fueses capaz de decir ahora una cosa semejante! Reza por mí, Pilarcita; pídele á Dios que yo me cure del mal de oídos, porque me dan ganas de llorar cuando pienso que una pícara enfermedad me va á hacer oír atrocidades que mi nena no puede decir...

Yo me eché á reír bajito, pero no la dije nada, porque ya que ella cree que no fuí yo la que dijo aquello, sino su enfermedad, me escapo de que me reprenda. ¡Ay, si mi papá, pensaba yo, creyese también que eran sus oídos los que habían oído llamar *viejos* á sus amigos, y no yo la que lo dije! Pero ¡quia!, ¡bonita cara sacó papaíto del despacho!

—¡Ay, Piluca!—dijo papá muy triste,—tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?—pregunté.

—Mira—respondió,—quítate esos dedos de la boca, porque con chupártelos no se arreglan las cosas. Y el asunto no puede ser más desagradable y penoso, sobre todo para mí, que tanto te quiero, y para tu pobrecita mamá, y para tus hermanos y hermanas, y para la *miss*, y para la cocinera, y hasta para el *Sultán* y *Baby*.

¡Ave María Purísima! Yo estaba atroz de asustada, sin saber qué me iría á decir papá. Así es que ni siquiera me atreví á preguntar nada. Lo único que hice fué sacarme los dedos de la boca y abrir mucho los ojos.

—¿No lo aciertas? No; no es posible—decía papá.—¡Pobre Piluca! Es que mañana va á venir un médico...

—¿Para componer los oídos á la *miss*?—dije.

—No; para abrirte á ti la tripa y sacarte de una vez al diablo. ¿Qué te parece, Piluquita mía?

—¡Ay! ¡Pues una barbaridad, papá!

M. ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





REINAS DE ESPAÑA

## DOÑA MARIA DE INGLATERRA

Quando Felipe II era Príncipe heredero y contaba solamente diez y siete años de edad, se casó con su prima la princesa María de Portugal, de gran belleza y de la misma edad que su esposo, que la amó entrañablemente; pero su dicha fué breve, pues habiéndose casado el 12 de Noviembre de 1543 falleció la Princesa en Valladolid el 12 de Julio de 1545.

Nueve años estuvo viudo D. Felipe, y cuando se disponía á casarse con una hermana de la difunta Princesa, que tenía con ella gran parecido, recayó la corona de Inglaterra en doña María, hija de Enrique VIII y de doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, y sometiendo los impulsos de su corazón á la poderosa razón de Estado, y siguiendo los consejos del Emperador, su padre, contrajo matrimonio con doña María de Inglaterra.

Tenía ésta cuarenta años, y era muy desgraciada de rostro, con cabellos rojos, ojillos grises, nariz larga y voz hombruna, y de carácter áspero y rudo.

En las capitulaciones matrimoniales se estipulaba que la Reina no había de criar nunca de Inglaterra á no ser á petición suya; que allí había de casar á sus hijos, y que el Rey consorte no tendría sino un número limitadísimo de criados españoles.

D. Felipe se embarcó en La Coruña al frente de numerosa escuadra y con lucida comitiva, y llegó á la isla de Wight el 19 de Julio de 1554.

El 25 de Agosto, festividad del santo patrón de España, se celebró la boda en el palacio de Winchester, que fué bendecida por el

obispo, asistido por otros prelados, y después de la misa, fueron proclamados reyes de Nápoles y Sicilia y duques de Milán, por la cesión de aquellos Estados que el Emperador les hacía. Doña María lució en la ceremonia una rica joya valuada en 70.000 doblones, que fué el regalo de boda que la hizo su esposo D. Felipe.

Los títulos que los cónyuges reunían les hacían descollar entre los soberanos más poderosos de aquel tiempo, según puede verse por el acta de su proclamación, encabezada de esta manera:

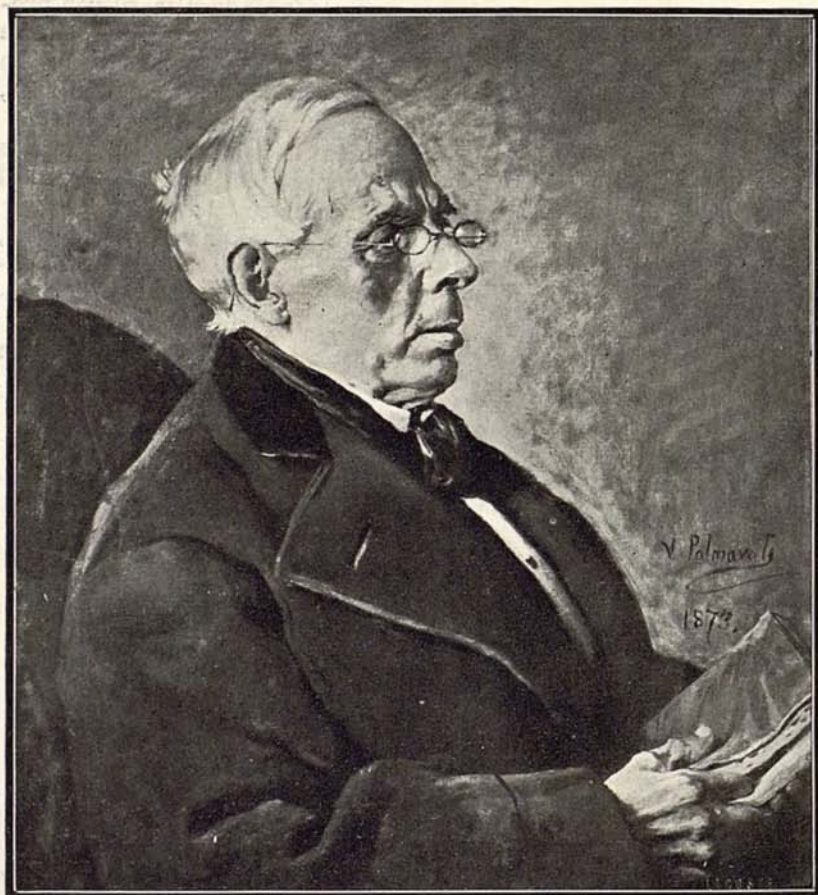
«Felipe y María, reyes de Inglaterra, de Francia, de Nápoles, de Jerusalén, de Irlanda; príncipes de las Españas y de Sicilia; archiduques de Austria; duques de Milán, de Borgoña y de Brabante; condes de Hapsbourg, de Flandes y del Tirol. Defensores de la fe.»

A los catorce meses de disgustos, llamó su padre al Príncipe desde



Bruselas, y volvió á España, siendo proclamado Rey en Valladolid el 28 de Marzo de 1556, en virtud de la abdicación que en 16 de Enero del mismo año había firmado el Emperador para retirarse á Yuste.

Desde entonces fué reina de España doña María Tudor, pero ni vino nunca á este país, ni gozó por mucho tiempo la corona de Castilla, pues falleció el 17 de Noviembre de 1558.



ESPAÑOLES ILUSTRES

### D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Hijo de un ebanista alemán casado con una española, nació el célebre erudito, poeta y autor dramático D. Juan Eugenio Hartzenbusch en Madrid el 6 de Septiembre de 1806. Recibió las enseñanzas de los jesuitas en los Reales Estudios de San Isidro, cursó la pintura y aprendió el francés. Se aficionó pronto á la poesía, y después se dedicó á la traducción de piezas francesas; pero una grave dolencia de su padre le obligó á consagrarse al trabajo manual.

La primer obra dramática que le valió alto renombre fué *Los amantes de Teruel*, que se estrenó el 19 de Enero de 1837.

Ingresó en la Academia Española, y fué director muchos años de la Biblioteca Nacional. Sus trabajos eruditos sobre los clásicos de la literatura española son muy notables. Murió el 2 de Agosto de 1880.

Ayuntamiento de Madrid

## LO QUE ES MAL GANADO...



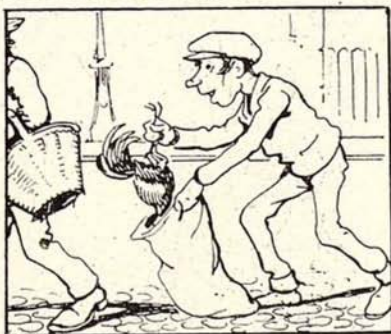
El bueno de Antón, que iba a la compra, se quedó embobado mirando un periódico de crímenes.



El Pocalacha, que vió la cesta abandonada, arranca el fondo y se propone aprovechar su travesura.



Compra Anton un gatto y lo mete confiado en la cesta, mientras el otro prepara el talego.



Y a él traslada la hermosa pieza, satisfecho de su feliz y provechosa idea del escamoteo.



Compra luego un jamon y otras varias cosas, y todas van pasando de la cesta al sacco.



Bien provisto ya, carga el Pocalacha con el talego y sale por pies camino de las afueras.



Entretanto, Antón, notando que la cesta pesa poco, ve con dolor que no tenía ni provisiones ni fondo.



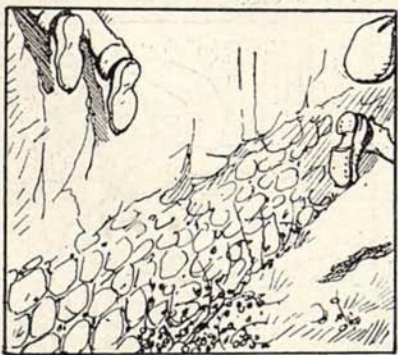
El satisfecho pillete llega al campo y busca un sitio seguro para ver su botín.



Encuentra una tapia y tira el talego al otro lado, para pasar él detrás y descansar tranquilo.



Había á la otra parte sentado un bribón de siete suelas, que vió con asombro caer el talego.



Y al ver que estaba provisto salió corriendo con él, mientras Pocalacha se descolgaba con gran trabajo.



Cayó, quedando magullado, y vió cómo el otro bribón se largaba con el fruto de su honrado trabajo.